

# LA GUERRA DEL PELOPONESO



DONALD KAGAN

# LA GUERRA DEL PELOPONESO

Traducción de Alejandro Noguera



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.com](http://www.edhasa.com)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Peloponnesian War*

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sàbat

Mapas: Jeffrey L. Ward

Primera edición: septiembre de 2009

© Donald Kagan, 2003

© de la traducción: Alejandro Noguera, 2009

© de la presente edición: Edhasa, 2009

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad 6  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2679-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-29.103-2009

Impreso en España

Para David y Elena, mis nietos

## Agradecimientos

Este libro fue inspirado por John Roberts Hale de la Universidad de Louisville, mi viejo amigo y antiguo alumno. Durante un largo viaje en avión me convenció de que alguien tenía que escribir una historia de la Guerra del Peloponeso en un volumen para lectores no profesionales y que podría muy bien ser yo. He disfrutado escribiéndolo y quiero agradecerle su lectura del manuscrito, así como su talento, entusiasmo y amistad. Estoy asimismo muy agradecido a mi editor Rick Kot por su lectura extraordinariamente cuidadosa y de gran ayuda, que ha mejorado mucho este libro, y por sus muchas amabilidades. Quiero dar las gracias también a mis hijos Fred y Bob, ambos historiadores, que me han enseñado tanto con su trabajo escrito y en innumerables y maravillosas conversaciones. Finalmente agradezco a mi mujer, Myrna, por criar a estos chicos y mantener a su padre en el buen camino.

# Índice

Índice de mapas . . . . .	15
Introducción . . . . .	17

## PARTE I. EL CAMINO HACIA LA GUERRA

1. La gran rivalidad (479-439) . . . . .	29
2. «Un conflicto en un país lejano» (436-433) . . . . .	59
3. La entrada de Atenas en el conflicto (433-432) . . . . .	67
4. Decisiones bélicas (432) . . . . .	83

## PARTE II. LA GUERRA DE PERICLES

5. Objetivos y recursos bélicos (432-431) . . . . .	105
6. El ataque tebano a Platea (431) . . . . .	115
7. La peste (430-429) . . . . .	133
8. Los últimos días de Pericles (429) . . . . .	149
9. Rebelión en el Imperio (428-427) . . . . .	167
10. Terror y aventura (427) . . . . .	187

## PARTE III. NUEVAS ESTRATEGIAS

- 11. Demóstenes y la nueva estrategia (426) . . . . . 203
- 12. Pilos y Esfacteria (425) . . . . . 221
- 13. La ofensiva ateniense:
  - Megara y Delio (424) . . . . . 249
- 14. La campaña de Brásidas
  - en Tracia (424-423) . . . . . 269
- 15. La llegada de la paz (422-421) . . . . . 285

## PARTE IV. LA FALSA PAZ

- 16. La paz se desintegra (421-420) . . . . . 307
- 17. La alianza de Atenas y Argos (420-418) . . . . . 325
- 18. La batalla de Mantinea (418) . . . . . 349
- 19. Después de Mantinea:
  - la política de Esparta y Atenas (418-416) . . . . . 371

## PARTE V. EL DESASTRE DE SICILIA

- 20. La decisión (416-415) . . . . . 385
- 21. El frente interior
  - y las primeras campañas (415) . . . . . 397
- 22. El primer ataque a Siracusa (415) . . . . . 417
- 23. El asedio de Siracusa (414) . . . . . 431
- 24. Los sitiadores sitiados (414-413) . . . . . 451
- 25. Derrota y destrucción (413) . . . . . 473

## PARTE VI. REVOLUCIÓN EN ATENAS Y EN EL IMPERIO

26. Tras el desastre (414-413) . . . . .	491
27. Guerra en el Egeo (412-411) . . . . .	511
28. El movimiento revolucionario (411) . . . . .	541
29. El golpe definitivo (411) . . . . .	555
30. Los Cuatrocientos en el poder (411) . . . . .	569
31. Los Cinco Mil (411) . . . . .	587
32. Guerra en el Helesponto (411-410) . . . . .	603

## PARTE VII. LA CAÍDA DE ATENAS

33. La restauración (410-409) . . . . .	625
34. El regreso de Alcibíades (409-408) . . . . .	641
35. Ciro, Lisandro y la caída de Alcibíades (408-406) . . . . .	655
36. Las Arginusas (406) . . . . .	673
37. La caída final de Atenas (405-404) . . . . .	701
Conclusión . . . . .	729
Fuentes para la historia de la Guerra del Peloponeso . . . . .	737
Índice onomástico . . . . .	743

## Índice de mapas

Grecia y el oeste de Asia Menor . . . . .	24
1. Esparta y el Peloponeso . . . . .	33
2. El Imperio ateniense <i>c.</i> 450 a. C. . . . .	38
3. El mar Egeo . . . . .	45
4. Ática, Megara y Beocia . . . . .	49
5. El sur de Italia y Sicilia . . . . .	53
6. Samos y Mileto . . . . .	56
7. Epidamno y Corcira . . . . .	61
8. La batalla de Síbota . . . . .	75
9. Calcídica y Tracia . . . . .	77
10. Peloponeso, Pilos, Esfacteria y Citera . . . . .	107
11. Noroeste de Grecia . . . . .	127
12. El golfo de Corinto . . . . .	157
13. Sicilia e Italia del sur . . . . .	199
14. Grecia Central . . . . .	205
15. Pilos y Esfacteria. . . . .	221
16. Anfípolis y alrededores . . . . .	227
17. Acercamientos a Argos en el 418 . . . . .	343
18. La llanura argiva en 418 . . . . .	345
19. La batalla de Mantinea . . . . .	353
20. Sicilia e Italia del sur . . . . .	411
21. La batalla del río Anapo . . . . .	419

22. El asedio de Siracusa . . . . .	433
23. El Egeo y Asia Menor . . . . .	513
24. Los estrechos . . . . .	538
25. La batalla de Cícico . . . . .	617
26. El Bósforo y el mar de Mármara . . . . .	643
27. Las Arginusas . . . . .	682
28. La batalla de las Arginusas . . . . .	683
29. La batalla de Egospótamos . . . . .	709

## Introducción

En las postrimerías del siglo v a. C., y durante casi tres décadas, el Imperio ateniense se batió contra la Liga espartana en una terrible contienda que cambió el mundo helénico y su civilización para siempre. Sólo medio siglo antes de su estallido, los griegos unidos, capitaneados por Esparta y Atenas, habían rechazado el asalto del poderoso Imperio persa y preservado su propia independencia gracias a la expulsión de los ejércitos y navíos persas de Europa, y a la recuperación de las ciudades griegas de las costas de Asia Menor.

Esta sorprendente victoria inauguró una era de orgullo, crecimiento, prosperidad y confianza en toda Grecia. Los atenienses, en especial, disfrutaron de una gran prosperidad: incrementaron su población y establecieron un imperio que les condujo a la riqueza y la gloria. La joven democracia alcanzó la madurez y trajo consigo las oportunidades, la participación y el poder político incluso a los ciudadanos de las clases más bajas, mientras que su Constitución echaba raíces en otras ciudades-estado helénicas. También fue una época de notables logros culturales, de una riqueza y originalidad probablemente sin parangón en la historia de la Humanidad. Poetas y dramaturgos como Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes elevaron la tragedia y la comedia a unos niveles jamás superados. Los arquitectos y escultores que crearon el

Partenón y otras construcciones de la Acrópolis de Atenas, Olimpia y a lo largo y ancho de las costas del mundo helénico influyeron enormemente en el curso del arte occidental, y aún lo siguen haciendo en nuestro tiempo. Los filósofos naturalistas como Anaxágoras y Demócrito hicieron uso de los mecanismos inherentes a la razón humana para buscar la explicación del mundo físico; y pioneros de la moral y la filosofía política, tales como Protágoras o Sócrates, lograron lo mismo en el campo de los asuntos humanos. Hipócrates y su escuela consiguieron grandes avances en la ciencia médica, mientras que Herodoto inventó la historiografía tal como la entendemos hoy.

La Guerra del Peloponeso no sólo puso fin a este extraordinario período, sino que fue reconocida como el punto crítico de inflexión incluso por aquellos que combatieron en ella. El gran historiador Tucídides cuenta cómo emprendió su relato desde el mismo principio: ante la convicción de que iba a ser importante y más digna de narrarse que las guerras precedentes, ya que ambos bandos entraban en ella con todos sus medios disponibles, y que todos los demás griegos se alinearon en las filas de uno u otro bando, algunos desde el principio y otros avanzada ya lo contienda. «Pues ésta resultó ser la mayor convulsión que afectó a los helenos, a los bárbaros y, bien se podría decir, a la mayor parte de la Humanidad»<sup>1</sup> (I,1,2).

Desde la perspectiva de los griegos del siglo v, la Guerra del Peloponeso fue percibida en buena manera como una guerra mundial, a causa de la enorme destrucción de vidas y propiedades que

1. Adaptado de la traducción de Richard Crawley (Modern Library, Nueva York, 1951). A no ser que se indique otra cosa, las referencias a lo largo del texto hacen mención a la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides. Los números indican la división tradicional en libro, capítulo y sección.

conllevó, pero también porque intensificó la formación de facciones, la lucha de clases, la división interna de los Estados griegos y la desestabilización de las relaciones entre los mismos, razones que ulteriormente debilitaron la capacidad de Grecia para resistir una conquista exterior. También fue causante de un retroceso en la implantación de la democracia. Mientras Atenas gozó de poder y éxito, su Constitución democrática tuvo un efecto magnético sobre el resto de Estados. Sin embargo, su derrota fue un factor decisivo en el desarrollo político de Grecia, y la situó en el camino de la oligarquía.

A su vez, la Guerra del Peloponeso fue un conflicto armado de una brutalidad sin precedentes, en el que incluso se violó el severo código que había presidido hasta entonces la forma griega de hacer la guerra, y en el que se quebró la delgada línea que separa la civilización de la barbarie. La ira, la frustración y el deseo de venganza se acrecentaron conforme la lucha se fue eternizando, lo que resultó en una escalada de atrocidades, que incluyeron la mutilación y el asesinato de los enemigos capturados, arrojados a fosas donde morían de sed, hambre o congelación, o empujados al mar hasta que se ahogasen. Bandas de forajidos dieron muerte a niños inocentes; se destruyeron ciudades enteras; los hombres eran ejecutados, las mujeres y niños eran vendidos como esclavos. En la isla de Corcira, actual Corfú, la facción vencedora de la guerra civil, arrastrada por una lucha mayor, estuvo masacrando a sus conciudadanos durante una semana entera: «Los padres daban muerte a sus vástagos, los suplicantes eran arrojados del altar o se los mataba allí mismo» (III, 81, 5).

A medida que se extendía la violencia, las costumbres, las instituciones, las creencias y la moderación, cimientos básicos de toda vida civilizada, cayeron en la más abyecta decadencia.

El sentido de las palabras se alteró para amoldarse a la belicosidad reinante: «La audacia irreflexiva se llamó entonces valor de un aliado leal; la espera prudente, cobardía disimulada; la moderación, disfraz para la falta de hombría». La religión perdió su poder de contención y quedó relegada al «uso de bellos discursos, tan en boga, para servir a fines poco lícitos». La verdad y el honor desaparecieron, y «la sociedad quedó dividida. Ya nadie confiaba en sus conciudadanos» (III, 82, 4 y 8, y III, 83, 1). Así fue el conflicto que inspiró las observaciones mordaces de Tucídides sobre el carácter de la guerra, la cual «ejerce su violento magisterio y rebaja el carácter de la mayoría al nivel de las actuales circunstancias» (III, 82, 2).

A pesar de que la Guerra del Peloponeso concluyera hace más de dos mil cuatrocientos años, ha seguido fascinando a los lectores de generaciones posteriores. Los expertos se han servido de ella para iluminar la Primera Guerra Mundial, y con mayor frecuencia para ayudar a explicar sus causas. Sin embargo, su mayor influencia como herramienta analítica es posible que se diera durante la Guerra Fría que dominó la segunda mitad del siglo XX y que, asimismo, presenció un mundo dividido en dos grandes bloques con sus correspondientes poderosos líderes. Generales, diplomáticos, estadistas y académicos han comparado por igual las condiciones que condujeron a la guerra en Grecia con la rivalidad existente entre la OTAN y el Pacto de Varsovia.

No obstante, la historia que realmente tuvo lugar hace casi dos milenios y medio, y su significado más profundo, no son tareas fáciles de comprender en última instancia. Sin duda alguna, la fuente más importante de conocimientos es el relato escrito por Tucídides, que fue partícipe contemporáneo. Su trabajo es justamente admirado como una obra maestra de la escritura histórica

y alabado por la sabiduría que transmite sobre la naturaleza misma de la guerra, las relaciones internacionales y la psicología de masas. También ha sido considerado como un hito fundacional de la metodología histórica y de la filosofía política. Sin embargo, como crónica de una guerra y de todo lo que ésta puede llegar a enseñarnos, no es enteramente satisfactoria.

Su defecto más evidente es su carácter inconcluso, pues llega abruptamente a su fin siete años antes de la conclusión del conflicto. Para un análisis del último tramo del mismo, debemos confiar en escritores de menor talento y con un conocimiento directo de los acontecimientos nulo o limitado. Como mínimo, un tratamiento actual de alcance general se hace necesario para hacer comprensible el final del proceso bélico.

Si se pretende que el lector moderno comprenda sus complejidades sociales, políticas y militares en su totalidad, incluso el período tratado por Tucídides requiere una mayor clarificación. Los trabajos de otros escritores de la Antigüedad y las inscripciones coetáneas descubiertas y estudiadas durante los dos últimos siglos han venido a llenar ciertas lagunas, y en algunos casos han planteado nuevos interrogantes sobre la historia conforme la cuenta Tucídides. Finalmente, cualquier relato conveniente de la guerra requiere proyectar una mirada crítica sobre el propio autor, y sobre su capacidad intelectual, extraordinaria y original. A diferencia de otros historiadores clásicos, Tucídides colocó la objetividad y la exactitud en el lugar más alto. Y, sin embargo, también él mostró emociones y debilidades. En el griego original, su estilo tiende a ser apretado y difícil de entender, por lo que cualquier traducción es, a todas luces, una interpretación. Más aún, el hecho mismo de que participase en los hechos llegó a influir en sus juicios, de forma que éstos deben ser evaluados con pruden-

cia. La acepción de sus interpretaciones sin espacio para la crítica sería tan limitada como creer al pie de la letra las historias de Winston Churchill y su conocimiento de las dos guerras mundiales, en las que desempeñó un papel tan decisivo.

Con este libro he intentado contar una nueva historia de la Guerra del Peloponeso destinada a cubrir las necesidades de los lectores del siglo XXI. Para ello, me he basado en la erudición acumulada a lo largo de mis cuatro volúmenes sobre el conflicto griego, orientados sobre todo a un público académico.<sup>2</sup> Sin embargo, en esta obra, mi mayor objetivo es el hacer una narración legible en un solo tomo para disfrute del lector medio, que se acerca a la Guerra del Peloponeso bien por placer, bien en aras del conocimiento que tantas otras personas buscaron antes al estudiarla. He evitado hacer comparaciones entre los acontecimientos acaecidos en ella y otros sucesos históricos posteriores, aunque sean muchos los que vengan a colación, con la esperanza de que el relato ininterrumpido de los sucesos permitiese al lector extraer sus propias conclusiones.

Tras largos años de estudio, he emprendido este proyecto porque creo que, más que nunca, esta guerra es un relato de una fuerza tal, que puede leerse como una extraordinaria tragedia humana que narra el ascenso y la caída de un gran imperio, el choque entre dos sociedades y formas de vida muy diferentes entre sí, el papel desempeñado por la inteligencia y la fortuna en los asuntos humanos y, sin olvidar a la colectividad, el de individuos brillantemente dotados a la hora de determinar el curso de los acontecimientos, aunque sujetos, a su vez, a las limitaciones

2. Éstos han sido publicados por Cornell University Press. Sus títulos son *The Outbreak of the Peloponnesian War* (1969), *The Archidamian War* (1974), *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition* (1981) y *The Fall of the Athenian Empire* (1987).

impuestas por la naturaleza, el destino y sus semejantes. Espero también demostrar que el estudio de la Guerra del Peloponeso es una buena forma de conocer el comportamiento de los seres humanos bajo las enormes presiones bélicas, las epidemias y el conflicto civil, así como las capacidades de los líderes y los límites en los que éstos deben operar inevitablemente.

## PARTE I

### EL CAMINO HACIA LA GUERRA

La gran Guerra del Peloponeso, emprendida, según se dijo entonces, para llevar la libertad a todos los griegos, no se inició con una declaración formal de guerra o con un asalto honorable y directo a los territorios de la Atenas imperial, sino con una incursión furtiva y engañosa perpetrada sobre un vecino menor en tiempos de paz por una gran ciudad-estado. No hubo brillantes desfiles capitaneados por la grandiosa falange espartana, con sus rojos mantos radiantes bajo el sol ateniense a la cabeza del potente ejército lacedemonio, sino un ataque sorpresa contra la pequeña ciudad de Platea llevado a cabo en la oscuridad de la noche por unos pocos cientos de tebanos, que recibieron la ayuda de traidores desde el interior de la ciudad. Su comienzo fue indicativo del tipo de ofensiva que se desarrollaría más adelante: el abandono fundamental del modo tradicional griego de hacer la guerra. Según las normas establecidas y bien entendidas que habían dominado el combate griego durante dos siglos y medio, éste se basaba en el ciudadano-soldado que servía como hoplita, un militar de infantería fuertemente armado dentro de una formación compacta de hombres llamada falange. La única forma honorable de lucha, así se creía, era el com-

bate en campo abierto a plena luz del día, falange contra falange. Por naturaleza, el ejército más fuerte y valiente prevalecería, erigiría un trofeo a la victoria sobre el terreno ganado, tomaría posesión de la tierra disputada y volvería a casa, como también regresaría el enemigo derrotado a la suya. Así pues, la guerra típica se decidía con una sola batalla y en un solo día.

Los acontecimientos que desembocaron en las hostilidades tuvieron lugar en regiones remotas, alejadas de los centros de la civilización griega, y representaron, como un ateniense o un espartano hubieran podido decir, «un conflicto en un país lejano entre gentes de las que no sabemos nada».<sup>1</sup> Entre aquellos griegos que leyeran el relato de Tucídides, pocos sabrían dónde estaba la ciudad en la que se había iniciado el conflicto o quiénes eran sus habitantes; desde luego, nadie hubiera podido prever que las luchas internas en regiones tan distantes de la periferia del mundo heleno conducirían a la terrible y devastadora Guerra del Peloponeso.<sup>2</sup>

1. Éstas fueron las palabras utilizadas por Neville Chamberlain para describir la situación de Checoslovaquia en 1938, que pronto desembocaría en la Segunda Guerra Mundial: *Archivos de la BBC*; documento n. 1930. Citado por C. Thorne en *The Approach of War 1938-39*, Londres, 1982, p. 91.

2. Sin lugar a dudas, es la «Guerra del Peloponeso» desde el punto de vista de los atenienses; los espartanos, por supuesto, pensaban en ella como la «Guerra de Atenas».

## Capítulo 1

### La gran rivalidad (479-439)

El mundo griego se extendía desde las ciudades diseminadas por la costa meridional de la península Ibérica, en el confín occidental del Mediterráneo, hasta las orillas orientales del mar Negro, en el este. Una gran concentración de ciudades griegas dominaba el sur de la península Itálica y la mayor parte de las costas de Sicilia; sin embargo, el centro de este mundo lo constituía el mar Egeo. La mayoría de las ciudades griegas, incluidas las principales, se encontraban en la parte meridional de la península de los Balcanes, en el territorio que hoy forma la Grecia moderna, en las orillas orientales del Egeo, en Anatolia (la actual Turquía), en las islas egeas y en las costas septentrionales de este mar.

En los inicios de la guerra, algunas de las ciudades de esta región permanecieron neutrales, pero muchas, las más importantes, estaban bajo la hegemonía de Esparta o de Atenas, dos Estados cuya forma de entender el mundo era tan distinta, que sólo podía suscitar el recelo mutuo. Su gran rivalidad acabaría dando forma al sistema de gobierno que los griegos llevarían más allá de sus fronteras.

## ESPARTA Y SU ALIANZA

Esparta tenía la organización social más antigua, creada en el siglo VI. En Lacedemonia, su propio territorio, los espartanos descendientes de los guerreros dorios disponían de dos tipos de subordinados: los ilotas, situados en algún punto entre la servidumbre y la esclavitud, campesinos que araban la tierra y proporcionaban alimento a Esparta, y los periecos (habitantes de la periferia), que se dedicaban a la manufactura y al comercio para cubrir las necesidades de la ciudad-estado. Los espartanos que tenían la ciudadanía no necesitaban ganarse el sustento, y se dedicaban exclusivamente al entrenamiento militar. Esto les permitió desarrollar el mejor ejército del mundo heleno, una formación de ciudadanos-soldado con entrenamiento y habilidades profesionales sin parangón alguno.

Pero la estructura social espartana era un peligro en potencia. Los ilotas sobrepasaban a sus señores en proporción de siete a uno, y como escribió un ateniense que conocía a fondo Esparta: «bien a gusto se hubieran comido a los espartanos crudos» (Jenofonte, *Helénicas*, III, 3, 6). Para afrontar el peligro de revueltas ocasionales, los espartanos crearon una Constitución y un modo de vida como ningún otro: subordinaron al individuo y la familia a las necesidades del Estado. Sólo permitían vivir a las criaturas físicamente perfectas, y a los muchachos se les separaba del hogar a los siete años para que se entrenasen y se endurecieran en la academia militar hasta alcanzar los veinte años de edad. De los veinte a los treinta vivían en barracones y ayudaban a su vez a entrenar a jóvenes reclutas. Se les permitía contraer matrimonio, pero sólo podían visitar a sus esposas en contadas ocasiones. A los treinta años, el varón espartano adquiría la plena ciudadanía y se con-

vertía en uno de los «iguales» (*homoioi*). Tomaba sus comidas en la mesa pública con otros catorce ciudadanos; alimentos frugales, a menudo una sopa negruzca que horrorizaba a los demás griegos. De cualquier modo, el servicio militar era obligatorio hasta los sesenta años. El objetivo de este sistema era proveer de soldados a la ciudad, hoplitas cuya fuerza física, entrenamiento y disciplina los convertiría en los mejores del mundo.

A pesar de su superioridad militar, por lo general los espartanos eran reacios a entrar en guerra, sobre todo por miedo a que los ilotas se aprovecharan de cualquier ausencia prolongada del ejército y se rebelaran. Tucídides señaló que, «entre los espartanos, casi todas las instituciones se han establecido con relación a su seguridad respecto a los ilotas» (IV, 80, 3), y Aristóteles dijo de estos últimos que «eran como el que aguarda sentado a que el desastre golpee a los de Esparta» (*Política*, 1269a).

Los espartanos desarrollaron en el siglo VI una red de alianzas perpetuas para salvaguardar su peculiar comunidad. En la actualidad, a la Alianza Espartana los historiadores la llaman la Liga del Peloponeso; pero en realidad, más bien se trataba de una organización abierta que lideraba Esparta sobre un grupo de aliados conectados a ella por separado mediante diversos tratados. Cuando era convocada, los aliados servían bajo mando espartano. Cada Estado juraba seguir el liderazgo de Esparta en política exterior a cambio de su protección y del reconocimiento de su integridad y autonomía.

Era el pragmatismo, no la simpatía mutua, lo que guiaba el principio interpretativo de la asociación. Los espartanos ayudaban a sus aliados cuando les era conveniente o inevitable, y obligaban a los demás a unírseles ante cualquier conflicto siempre que fuera necesario y posible. La alianza se reunía por ente-

ro sólo cuando los espartanos lo requerían, y tenemos noticia de muy pocos encuentros de este tipo. Las normas que imperaban casi siempre venían impuestas por circunstancias geográficas, políticas o militares, y revelan tres categorías informales de aliados. La primera de ellas consistía en aquellos Estados lo bastante pequeños y próximos a Esparta como para ser fácilmente controlados, tales como Fliunte y Órneas. Los Estados de la segunda categoría, que incluían Megara, Élide y Mantinea, eran más poderosos, se encontraban más lejos o lo uno y lo otro; no obstante, no estaban tan alejados ni eran tan poderosos como para evitar un correctivo espartano en caso de merecerlo. Tebas y Corinto eran los únicos Estados pertenecientes a la última categoría; distantes y poderosos por derecho propio, la dirección de su política exterior raramente se plegaba a los intereses espartanos (*véase* el mapa 1).

Argos, gran ciudad-estado al noreste de Esparta, no pertenecía a la Alianza y era por tradición un antiguo enemigo. Los espartanos habían temido siempre la unión de los argivos con sus otros enemigos y, en especial, que pudieran ofrecer su ayuda a las sublevaciones de los ilotas. Cualquier cosa que pusiera en peligro la integridad de la Liga del Peloponeso o la lealtad de sus miembros era considerada una amenaza potencialmente letal para los espartanos.

Los teóricos designaban el ordenamiento político de Esparta como «constitución mixta» por acoger una suma de elementos monárquicos, oligárquicos y democráticos. La diarquía estaba constituida por dos monarcas, cada uno perteneciente a una familia aristocrática distinta. La Gerusía, un consejo de veintiocho hombres de más de sesenta años elegidos de entre un pequeño número de familias privilegiadas, representaba el principio oligárquico;

mientras que la Asamblea (Apella), constituida por todos los ciudadanos mayores de treinta, formaba el elemento democrático junto con los cinco éforos, magistrados elegidos anualmente por los ciudadanos.

Los dos reyes servían a la ciudad de por vida, comandaban los ejércitos de Esparta, cumplían funciones judiciales y religiosas relevantes, y gozaban de un gran prestigio e influencia. Como rara vez estaban de acuerdo, buscaban el apoyo de las distintas facciones para resolver los asuntos. La Gerusía formaba junto con los monarcas la corte suprema del territorio, la misma a la que los propios reyes eran sometidos a juicio. El prestigio que ostentaban por lazos familiares, por edad y experiencia, en una sociedad que veneraba tales cosas, y el honor que acompañaba su elección, les otorgaba una gran autoridad que iba más allá de su poder real.

También los éforos disfrutaban de un gran poder, en especial en lo referente a asuntos exteriores: recibían a los enviados extranjeros, negociaban los tratados, y eran ellos los que ordenaban las expediciones una vez declarada la guerra. Asimismo, convocaban y presidían la Asamblea, se sentaban con los miembros de la Gerusía y eran sus oficiales ejecutivos, a la vez que ostentaban el derecho de aportar cargos por traición contra los monarcas.

Las decisiones formales referentes a los tratados, la política exterior, la guerra y la paz pertenecían a la Asamblea, aunque sus poderes eran en realidad limitados. Sus encuentros sólo se celebraban cuando era convocada por los dirigentes, y poco era el debate que tenía lugar en ellos, pues normalmente sus oradores eran los reyes, algunos miembros de la Gerusía y los éforos. La votación se ejercitaba tradicionalmente por aclamación, lo equivalente a una votación en voz alta; la división y el recuento de votos raramente se utilizaban.